

Rodrigo Díaz Maldonado

*Manuel Orozco y Berra  
o la historia como reconciliación  
de los opuestos*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

96 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 10)

ISBN 978-607-02-0849-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/manuel/orozco.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## Apéndice

### La historiografía sobre Orozco y Berra

El estado de la cuestión que ahora presento, incluye todos los materiales que logré reunir acerca de la vida y obra de don Manuel Orozco y Berra. Aunque puede decirse que la búsqueda que realicé fue exhaustiva, sus resultados fueron escasamente fructíferos. Es muy poco lo que se ha escrito sobre Orozco y Berra, y no deja de extrañarme que así sea, pues es innegable la importancia de su obra dentro de la historiografía mexicana. Dicho de otro modo, las bases previas para mi investigación prácticamente no existen.

Para entrar propiamente en materia, he optado por dividir las obras sobre el tema en cuatro grandes grupos. El primer grupo lo conforman las biografías, mientras que el segundo incluye todo tipo de artículos, más o menos breves, que tengan que ver con Orozco y Berra (prólogos, comentarios, discursos, reseñas, notas periodísticas, etcétera). El tercer grupo está formado por los dos únicos trabajos dedicados por completo a la obra de Orozco. Y, por último, el cuarto grupo contiene aquellos trabajos de carácter más interpretativo y crítico. En cada uno de los apartados expondré las obras respectivas en orden cronológico.

#### *Las biografías*

La primera y más importante de las biografías de don Manuel Orozco y Berra — pues en ella se basan, en menor o mayor medida, todas las posteriores — es la realizada por Francisco Sosa. Publicada apenas tres años después de la muerte de Orozco, en 1884, dentro del libro titulado *Biografías de mexicanos distinguidos* (Editora Mexicana, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884), esta obra gozó de considerable difusión ya que reapareció pocos años más tarde en un *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*

(México, 1890) y, en versión resumida, en el tomo IV del *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos* (México, Secretaría de Fomento, 1890) bajo la dirección de Antonio García Cubas.

Esta biografía, como todas, contiene los datos relativos a la actividad política e intelectual de Orozco (estudios, cargos en la administración pública, distinciones y reconocimientos, publicaciones, etcétera), pero se interesa muy poco en cualquier tipo de análisis. Su intención es meramente informativa. Sin embargo, es en buena medida responsable de la futura mitificación de Orozco pues, al hablar sobre la *Historia antigua y de la conquista de México*,<sup>1</sup> suelta frases como la siguiente: “El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros a su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que *ha pronunciado la última palabra* acerca de la antigua historia de México.”<sup>2</sup>

Sobre esta biografía escrita por Francisco Sosa sólo resta decir que, pese a su brevedad, es bastante completa y precisa en lo relativo a los datos de la vida de Orozco y Berra. Esto es así, en mi opinión, gracias a que el autor conoció y mantuvo amistad con su biografiado. No obstante, también es responsable de la extendida confusión acerca de la fecha de nacimiento de don Manuel. Ciertamente, en su primera aparición, esta biografía señala que Orozco y Berra nació el 8 de junio de 1816, pero, en la versión publicada dentro del *Diccionario geográfico...*, cambia 1816 por 1818. No soy capaz de aclarar este punto, pues las dos fechas se usan indistintamente en todos los trabajos posteriores. Si bien este hecho carece de importancia, es indicativo de la gran influencia de esta biografía.

Pasaron varios años hasta la publicación de la siguiente biografía de Orozco y Berra. Se trata de la escrita por Carlos González Peña, incluida en su obra *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*.<sup>3</sup> La sección de este trabajo dedicada a Orozco es de una brevedad extrema (apenas dos páginas) y, en realidad, no

<sup>1</sup> De aquí en adelante, me referiré a esta obra con el título abreviado de *Historia antigua*.

<sup>2</sup> Francisco Sosa, “Biografía del Sr. don Manuel Orozco y Berra”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 4a. época, t. II, 1890, p. 24. Las cursivas son mías.

<sup>3</sup> Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Secretaría de Educación Pública, 1928.

aporta nada nuevo a lo dicho por Sosa. Se mencionan sólo de pasada los principales trabajos de Orozco, deteniéndose un poco más en la *Historia antigua*. La opinión de González Peña puede considerarse representativa de aquello que se pensaba sobre el ilustre sabio durante las tres primeras décadas de nuestro siglo:

Con criterio ajeno a toda pasión y rigurosamente científico, depurando los enormes materiales de que disponía, poniendo a contribución sus propias investigaciones y descubrimientos, corrigiendo errores, desechando falsas teorías, aclarando dudas, Orozco y Berra acertó a purificar con fina sagacidad los manantiales todos de nuestra historia antigua.<sup>4</sup>

Existen otras dos biografías de Orozco y Berra dignas de mención. Se trata de *Biografía, bibliografía e iconografía de don Manuel Orozco y Berra* por Rubén García y de *Biografía de don Manuel Orozco y Berra* de Jesús S. Soto. Ambas obras fueron escritas en 1933 y publicadas en 1935 por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, pues ganaron respectivamente los dos primeros lugares de un concurso de biografías sobre Manuel Orozco y Berra organizado por dicha sociedad —hay que aclarar que al concurso sólo se presentaron tres trabajos, de los cuales uno fue descalificado por no cumplir los requisitos.

Es bien poco lo que hay que decir en relación con estos trabajos. Los dos se basan casi por completo en la obra de Francisco Sosa y, de hecho, en cuanto a contenido son muy parecidos. Sin embargo, el que posee mayor información de primera mano es el trabajo de García. Este autor, al parecer, tuvo acceso directo a los archivos del propio Orozco y Berra, y es gracias a esto que varias veces reproduce en su trabajo documentos interesantes y valiosos. Pero tal vez éste sea su único mérito. Por medio de un estilo rebuscado y confuso, García nos presenta a “san Manuel Orozco y Berra”, sabio entre los sabios, poseedor de todas las virtudes. En ningún momento a lo largo de toda la biografía (mejor dicho, hagiografía) se abandona el tono panegírico ni mucho menos se intenta la crítica o el análisis.

Por su parte, la obra de Jesús S. Soto es mucho mejor en el terreno del estilo (fue esto lo que le valió el segundo lugar), pero bastante

<sup>4</sup> *Ibidem*, 2a. ed., México, Cultura y Polis, 1940, p. 267.

limitada en casi todo lo demás. Pese a que tampoco abandona los elogios —notoriamente más moderados, por cierto—, Soto sí llega a aventurar algunas opiniones y explicaciones que, aunque timoratas, no dejan de ser interesantes. Por ejemplo:

En cuanto a la vida de don Manuel Orozco y Berra, es la del hombre de letras mexicano de mediados del siglo pasado, que comienza haciendo versos, entra en las luchas políticas y toma parte en el gobierno del país cuando su facción está en él. Personalmente, el gran historiador desde su juventud pronto derivó hacia la historia nacional, y aunque romántico, en sus escritos no tiene cabida la exageración de propias o ajenas pasiones.<sup>5</sup>

Soto explica más adelante que Orozco se “salvó” del “desorden intelectual de su época”<sup>6</sup> gracias a que su formación de ingeniero sirvió como contrapeso a sus inclinaciones líricas y que, por lo tanto, fue en la historia (mitad ciencia y mitad arte) donde el sabio encontró su verdadero camino.

Aparte de las anteriores, podemos encontrar varias biografías de Manuel Orozco y Berra,<sup>7</sup> pero en general son muy pequeñas y se limitan a repetir lo dicho por Sosa. Dentro de las de este tipo, la mejor es la realizada por Alberto María Carreño, incluida en su trabajo *La Academia Mexicana correspondiente de la Española (1875-1945)*. Merece destacar en esta biografía el hecho de que Carreño se refiera a Orozco como “conservador”,<sup>8</sup> pese a que en términos políticos Orozco y Berra quedaría mejor bajo el rubro de “liberal moderado”. Esto

<sup>5</sup> Jesús S. Soto, *Biografía de don Manuel Orozco y Berra*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1935, p. 3-4.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, René Avilés, “Notas biobibliográficas sobre Orozco y Berra”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 123, 1976, trabajo basado principalmente en Jesús S. Soto y Rubén García. También Julio Jiménez Rueda, *Historia de la literatura mexicana*, México, 1942, p. 189-192, basado en F. Sosa, al igual que Joaquín Márquez Montiel, “Manuel Orozco y Berra”, en *Hombres célebres de Puebla*, México, Jus, 1955, t. II, p. 104-109, y Heriberto García Rivas, *159 biografías de mexicanos distinguidos*, México, Diana, 1964, p. 191-192. Además Florentino M. Torner, *Creadores de la imagen histórica de México*, México, Compañía General de Ediciones, s/f, [Ideas, Letras y Vida], p. 210-213.

<sup>8</sup> Alberto María Carreño, “Manuel Orozco y Berra”, en *La Academia Mexicana correspondiente de la Española (1875-1945)*, México, 1945, p. 202-207. Que no debe confundirse con *La obra personal de los miembros de la Academia Mexicana correspondiente de la Española*, México, 1946, del mismo autor, donde se incluye una completa bibliografía de Orozco.

UNAM - IHH

puede ser un indicativo de que la tendencia política y la ideológica de un autor no siempre corren en la misma dirección.

### *Artículos varios*

No existe prácticamente ninguna razón, salvo su heterogeneidad, para colocar los siguientes artículos en un mismo apartado. Ciertamente, todos ellos tienen como tema central a Orozco y Berra, pero hablan de él desde perspectivas muy distintas y con un nivel de calidad notoriamente variable. Es por ello que el criterio de ordenación será estrictamente cronológico, aunque, al proceder de esta forma, se sacrifique la unidad y la exposición resulte, de alguna manera, inconexa.

En el prólogo al primer tomo de la magna obra *México a través de los siglos*, escrito por don Alfredo Chavero, encontramos una breve pero significativa mención de la obra de Orozco y Berra. Este prólogo, que consiste en una revisión de las principales fuentes para el estudio de nuestra historia antigua, coloca a Orozco como la autoridad más reciente (data de 1889) e importante sobre el tema. Aunque el espacio que le dedica a Orozco no exceda la media página, es necesario destacar que antes de él los únicos escritores decimonónicos mencionados son Alexander von Humboldt y José Fernando Ramírez. Este hecho resulta interesante pues revela la influencia de que todavía gozaba la obra de Humboldt, publicada por primera vez hacía casi ochenta años. En el siguiente capítulo veremos la trascendencia de este dato. Por otra parte, la opinión de Chavero sobre Orozco puede resumirse en las siguientes palabras: "Escritor de conciencia ante todo, tenía temor a las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el movimiento, pintura o escritor citados".<sup>9</sup> Además de esto, Chavero afirma que prácticamente no existen materiales que Orozco no haya consultado para la elaboración de su historia. De esta forma, desde época muy temprana, comienza a gestarse la idea de la "gran síntesis".

<sup>9</sup> Alfredo Chavero, "Historia antigua y de la conquista", en Vicente Riva Palacio *et al.*, *México a través de los siglos...*, México, Ballezá y Compañía, 1889, t. I, v. I, p. LX.

Los primeros escritos de importancia<sup>10</sup> sobre Orozco y Berra, aparte de las biografías ya mencionadas, aparecen por primera y única vez en 1890. Me refiero al conjunto de discursos pronunciados por varias personalidades de la época en conmemoración del noveno aniversario luctuoso de don Manuel.<sup>11</sup> De entre todos los discursos (siete en total, además de la biografía escrita por F. Sosa) sobresale el de don José María Vigil. En este texto podemos encontrar, además de las alabanzas de rigor, un notable ejemplo de la concepción histórica de su autor (muy “avanzada” para su tiempo).

Con un desarrollo parecido al que usará Edmundo O’Gorman casi medio siglo más tarde, Vigil aprovecha la figura de Orozco para llevar agua a su molino. Es decir, para hablar de Orozco habla de su idea de la historia y de sus implicaciones:

El conocimiento de la propia historia es quizás lo que más importa a las naciones, pues no es otra cosa que la aplicación colectiva de la máxima más elevada de la antigua filosofía: Conócete a ti mismo. Ese conocimiento, constituido por la experiencia acumulada, y suficientemente discernida durante el curso de muchas generaciones, es no sólo un juicio del pasado, sino una norma del presente y un preservativo del porvenir [...] porque en el estudio del mundo real hay que fundar el conocimiento del mundo real.<sup>12</sup>

Pese a que el párrafo anterior no difiera fundamentalmente de la opinión generalizada de su época, más adelante Vigil introduce numerosos matices que hacen de su texto algo excepcional. Por ejemplo, al hablar de la “esencia inagotable de los hechos”, con lo cual descarta la posibilidad de una historia totalmente objetiva,<sup>13</sup> nos

<sup>10</sup> En realidad, el primer texto que pude localizar sobre Orozco y Berra data del 28 de enero de 1881, es decir, un día después de la muerte de don Manuel. Sin embargo, no es más que una breve nota necrológica de renombrado autor: Ignacio Manuel Altamirano, “El señor don Manuel Orozco y Berra”, *La República*, año II, v. II, n. 23, 28 de enero de 1881, p. 1-2, donde el autor lamenta profundamente la muerte del sabio, “la mejor, la más respetable, la más eminente autoridad [en historia antigua de México] acatada tanto en México como en Europa”.

<sup>11</sup> José María Vigil, Jesús Galindo y Villa *et al.*, “Solemnidad dedicada a la memoria del Sr. Lic. e Ing. D. Manuel Orozco y Berra”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 4a. época, t. II, 1890, p. 5-64.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>13</sup> “Lo que sí puede decirse es que no se debe exigir de la historia más de lo que la historia puede dar; que el intento de eliminar o de suprimir la individualidad del historiador

dice que: “Los hechos que forman el cuerpo de la historia no son entidades concretas que poseen por sí mismas valor efectivo sino fenómenos cuya significación real no puede comprenderse sino relacionándolos con los pueblos que los producen, y que a su vez son instrumentos de las ideas y de los sentimientos que los mueven”.<sup>14</sup>

¿Pero a dónde conducen estas reflexiones tratándose de Orozco y Berra? No es difícil imaginarlo. Orozco se nos presenta como el historiador que logró conjuntar los hechos con la idea. Representa la verdadera síntesis de nuestra historia: “En él se sintetizan, por contradictorio que parezca, los sentimientos, las pasiones, los goces y las amarguras de conquistadores y conquistados”.<sup>15</sup> Este punto es de especial interés, pues en virtud de su desconocimiento es que la obra de Orozco ha sufrido injustificadas críticas.<sup>16</sup>

Dentro del ciclo de discursos al que pertenece el trabajo de Vigil, ya no es posible encontrar otro que valga la pena. La tónica es siempre la misma (incluso en el de Jesús Galindo y Villa), panegíricos que sólo revelan la gran admiración de que era objeto Orozco y Berra, y poco más.

El siguiente texto en orden cronológico apenas y merece ser mencionado. Es, en este caso, la introducción escrita por Enrique Navarro para la edición de Fuente Cultural de la *Historia antigua y de las culturas aborígenes de México* (1954).<sup>17</sup> Es esta introducción un trabajo bastante incoherente. Comienza hablando de la importancia de reeditar obras fundamentales para el pueblo de México como la *Historia antigua*. Luego pasa por una diatriba indigenista, continuando con una breve reseña sobre la vida de Orozco y con un listado de las modificaciones hechas a su obra, y termina con un apartado titulado: “Hacia una gran producción de decenas de millares de

envuelve una imposibilidad psicológica; y que el punto a que debe aspirarse es armonizar de tal modo el hecho con la idea, que de su concordancia resulte la unidad superior de la historia.” *Ibidem*, p. 28.

<sup>14</sup> *Idem*.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>16</sup> *Vid. infra*, notas 51-55, p. 84-87, lo referente al historiador Rico González.

<sup>17</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de las culturas aborígenes de México*, introducción y notas por Enrique Navarro, México, Ediciones Fuente Cultural, 1954. No sólo el título se presenta modificado, sino que se trata de una edición al más puro estilo Bustamante; adiciones y supresiones a la obra original (por ejemplo, no se reproduce la cuarta parte de la obra dedicada a la conquista) hacen que esta edición aparezca más como una curiosidad que como obra de consulta o análisis.

tractores mexicanos” (*sic*). Todo lo anterior generosamente regado con citas de todo tipo. En suma, es un trabajo que no aporta nada y que aquí se incluye sólo para ahorrar al lector el trabajo de leerlo.

Del mismo año data *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo*, de Justino Fernández.<sup>18</sup> Entre los objetivos de esta obra se encuentra mostrar la evolución de los criterios estéticos bajo los cuales ha sido contemplada la producción artística prehispánica. Es por esta razón que se incluye el capítulo “Orozco y el arte indígena”, ya que Justino Fernández considera que “La ciencia histórica positiva llegó a su cumbre en lo que se refiere a la historia antigua de México en la obra de don Manuel Orozco y Berra” y, añade, “su erudita pluma y clara visión del México antiguo no han sido superadas desde entonces”.<sup>19</sup> Como puede verse, Fernández no se aleja de la tradición interpretativa sobre Orozco, pero introduce un nuevo elemento, la estética. Por medio de la revisión cuidadosa de la *Historia antigua*, especialmente de los fragmentos dedicados al arte y a los juicios que de éste formula su autor,<sup>20</sup> Fernández llega a una conclusión que no puede extrañarnos: el criterio estético de Orozco y Berra, al juzgar el arte indígena, es el naturalista imperante en el siglo XIX. Sin embargo, dicha afirmación debe ser matizada, como mostraré más adelante al tratar el trabajo de Benjamin Keen.

Por sus características (pues si el tema es distinto, la estructura es similar al texto anterior) y por su fecha (1959), la siguiente obra en la lista es *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* de Miguel León-Portilla.<sup>21</sup> En esta obra sí queda muy claro que Orozco y Berra, por lo menos sobre filosofía náhuatl, “no” escribió la última palabra, pues —según León-Portilla— a este respecto sólo dio “tanteos y aproximaciones”.<sup>22</sup> No obstante, también señala que es una lástima que Orozco no conociera los poemas nahuas recogidos

<sup>18</sup> Justino Fernández, *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>20</sup> Por citar sólo un ejemplo: “Las imágenes de los dioses son horribles. Careciendo en absoluto de belleza artística, quedan aún más desfigurados por un simbolismo recargado y fantástico, añadiendo espanto a la fealdad”. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, estudio previo de Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 1960, t. I, p. 117.

<sup>21</sup> Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Seminario de Cultura Náhuatl, 1959.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 33.

por fray Bernardino de Sahagún “porque, tomando en cuenta la competencia y preparación histórica de Orozco, es verosímil suponer que podría habernos legado la primera síntesis del auténtico filosofar náhuatl”.<sup>23</sup> Tal vez sea ésta una actitud demasiado optimista, pues son bien conocidos los errores en que incurrió Orozco al tratar de explicar, por ejemplo, los mitos prehispánicos.<sup>24</sup>

Además del trabajo anterior, León-Portilla escribió, en 1960, una pequeña biografía y tres bibliografías referentes a Orozco y Berra para la edición de Porrúa de la *Historia antigua*.<sup>25</sup> Es esa misma edición la que contiene un estudio previo del padre Ángel María Garibay K. En él, Garibay señala que la obra de Orozco, especialmente la *Historia antigua*, es una síntesis histórica que nadie ha superado, pero aclara: “Sin que sea obra definitiva, porque ellas no existen en lo humano, dada la necesaria evolución de la cultura, es la obra de su siglo”.<sup>26</sup> De esta manera, el texto prosigue indicando cuáles son las aportaciones de Orozco y Berra que continúan vigentes y cuáles no. En cuanto al método empleado por Orozco, Garibay nos dice:

No era la técnica rigurosa para la historiografía, principalmente elaborada por los alemanes, la que privaba en los tiempos de Orozco. No podemos ni siquiera suponer que él se ajustara a sus métodos. Sigue el de la tradición hispánica, con vistas a la manera francesa, ya que parece haber sido un gran lector de libros de Francia. Claridad, rigor lógico, expresión sencilla y accesible al lector medio. Y cuidado de la lengua, que, como vehículo del pensamiento, está obligada a ser castiza y decente.<sup>27</sup>

Por otra parte, al hablar sobre las motivaciones de Orozco, Garibay subraya que la principal fue mostrar que era posible la existencia de un punto medio entre las dos principales corrientes de aprecia-

<sup>23</sup> *Ibidem*.

<sup>24</sup> Vid. Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 430-435.

<sup>25</sup> Miguel León-Portilla, en Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua...*, México, Porrúa, 1960, p. XXIX-XLVI, dice, al referirse a esta obra que “[fue] la más extraordinaria síntesis [...] de la vida y la cultura en el México antiguo [...]. Y aunque suene atrevido, lo sigue siendo hasta ahora”. Por otra parte, también señala el marcado carácter “cientificista” de la obra, lo que no impide que siga siendo “imprescindible”.

<sup>26</sup> Ángel María Garibay K., “Estudio previo”, en Manuel Orozco, *op. cit.*, p. VII-XXVIII.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. XVII.

ción de nuestra historia: indigenismo e hispanismo. Por último, es necesario agregar que, en este trabajo del padre Garibay, también podemos ver una de las muchas opiniones contradictorias que sobre Orozco existen, pues al hablar de la cuarta parte de la *Historia antigua*, dedicada a la conquista, afirma: “Es de los más fascinantes y serenos campos de su obra. Da con una minucia feliz la narración de los hechos y procura mantenerse serenamente al margen, como es regla del buen historiador que ha de hacer su trabajo *sine ira et studio*.”<sup>28</sup>

Como podrá verse más adelante, esta opinión contrasta fuertemente con las de Villoro y Keen. En lo personal, creo que esa parte de la obra de Orozco podrá ser muchas cosas pero dista mucho de ser la “más serena”.

Continuando con esta revisión, el siguiente artículo sobre Orozco y Berra data de 1976 y se titula “Comentarios sobre la *Historia antigua* de Manuel Orozco y Berra”, escrito por el profesor Jorge A. Vivó Escoto.<sup>29</sup> Este trabajo es, en pocas palabras, una especie de síntesis de la *Historia antigua*. Lo que pretende su autor es comentar los aciertos y errores de Orozco y Berra a la luz de los nuevos conocimientos. La idea en sí no es mala, pero lo que no contempló Vivó Escoto es que para realizarla cabalmente serían necesarias muchas más de veinte páginas. Es por esto que el trabajo da la impresión de estar inconcluso y no logra presentar un panorama completo ni una interpretación general de la obra.

Publicado en 1996, el artículo de Laura Pérez Rosales<sup>30</sup> es uno de los más recientes dedicado a Manuel Orozco y Berra. En vista de que se trata de un trabajo de divulgación, cuyo objetivo primordial es dar a conocer a grandes rasgos las principales características de la obra de Orozco, uno de los primeros pasos de la autora

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. xv.

<sup>29</sup> Jorge A. Vivó Escoto, “Comentarios sobre la *Historia antigua* de Manuel Orozco y Berra”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. 123, 1976, p. 105-125. En este mismo número del *Boletín* se encuentra un trabajo de Ángel Bassols Batalla, “Manuel Orozco y Berra y su mapa de la división político-económico-administrativa (territorial) de México”, p. 95-104. Es un esfuerzo interesante pero, como lo indica su título, dedicado exclusivamente a dicho mapa. Además puede encontrarse en este número el texto de René Avilés. *Vid. supra*, nota 7.

<sup>30</sup> Laura Pérez Rosales, “Manuel Orozco y Berra”, en Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coords.), *Historiografía mexicana, IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1996, p. 359-386.

es dividir toda la producción de éste en tres grupos: “trabajos cartográficos-geográficos”, “trabajos etno-lingüísticos” y “trabajos históricos”. Posteriormente y en ese orden, Pérez Rosales expone las principales obras que conforman cada grupo, dedicando breves comentarios a cada una. Como era de esperarse, la parte más extensa es la dedicada a los trabajos históricos, donde pueden leerse algunas de las más acertadas observaciones de la autora:

Con base en este caso [la conjuración del marqués del Valle], Orozco y Berra explica la historia como la inevitable búsqueda del poder en diferentes momentos. La utilidad de la historia radica en que sirve de tribunal para enjuiciar la capacidad que los hombres tienen para reconocer cuál es su papel en el inevitable y permanente juego de dominantes y dominados.<sup>31</sup>

Pese a que el trabajo no siempre es del todo claro,<sup>32</sup> sí logra destacar el sentido conciliador y de unidad nacional presente en la obra de Orozco. Además, al referirse al método de Orozco, señala —con razón pero analizando pocos factores— que es ecléctico, pues se basa tanto en la idea del progreso de las civilizaciones como en el providencialismo (lo que puede traducirse en ciencia versus religión). De esta manera encontramos nuevamente el reflejo de una idea, a mi juicio fundamental, del pensamiento de Manuel Orozco y Berra.

### *Obras dedicadas por completo a Orozco y Berra*

Sólo existen dos trabajos dedicados exclusivamente a don Manuel. Pero no es esta última la única razón para contarlos por separado. Sin profundizar demasiado es posible descubrir que se trata de obras muy similares, aunque de distinta calidad. Ambas son tesis de maestría presentadas en la UNAM con un año de diferencia (1962 y 1963), y las dos pretenden ser análisis historiográficos de la obra

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 371.

<sup>32</sup> La ocasional falta de claridad no es su único defecto: en el primer párrafo señala que Orozco nació en 1818 y que, en 1820, ingresó al Colegio de Minería. De ser esto cierto, Orozco y Berra habría iniciado sus estudios a la edad de dos años, revelando una precocidad verdaderamente inédita. Por otra parte, el aparato crítico del trabajo de Pérez Rosales es defectuoso y su bibliografía sobre Orozco muy limitada.

de Orozco y Berra, especialmente de la *Historia antigua*. Veámoslas con más detalle.

El primero de estos trabajos se debe a la pluma de Alicia Huerta Castañeda y lleva por título *Ideario y semblanzas históricas en la obra de Orozco y Berra*.<sup>33</sup> Más que un análisis, esta obra parece ser un catálogo de citas de Orozco. En un principio, la autora nos relata la historia de las sucesivas ediciones, tanto de la *Historia antigua* como de la *Historia de la dominación española*, para posteriormente mostrarnos un esbozo del pensamiento de Orozco en sus propias palabras.

Son contadas las ocasiones en que la autora expresa su punto de vista, y cuando lo hace, cae en lugares comunes. Por ejemplo, al hablar sobre el método de Orozco, sin más explicaciones, nos dice: "Su método trata de ser científicista, refleja la formación de la escuela alemana a través de la escuela norteamericana, pero sin olvidar que la historia es un arte. De estilo claro y sencillo, procura que el lector llegue a formar sus propios juicios acumulando todos los datos posibles en favor y en contra".<sup>34</sup>

Alicia Huerta señala, además, seis puntos que supuestamente engloban el concepto de Orozco y Berra sobre la conquista, a saber:

1. El derecho a la conquista del Nuevo Orbe era de origen religioso y encaminado a un fin igualmente religioso.
2. Existía derecho a realizar la conquista y a someter a la esclavitud a los indios porque éstos eran bárbaros, caníbales y sodomitas.
3. La conquista se realizó obedeciendo la ley natural del fuerte sobre el débil.
4. La conquista tuvo éxito gracias a la ayuda de "traidores" (así es como llama Orozco y Berra a los naturales que lucharon del lado español).
5. La codicia no fue un factor ajeno a la conquista.
6. La conquista fue una epopeya heroica.

No es este lugar para aclarar la pertinencia de los puntos arriba citados, pero por lo pronto puede decirse que resultan extrema-

<sup>33</sup> Alicia Huerta Castañeda, *Ideario y semblanzas históricas en la obra de Orozco y Berra*, tesis de maestría, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 22. Cfr. con lo dicho por Garibay. *Vid. supra*, p. 73-74.

damente simplistas. Es probable que todos tengan su justificación en alguna frase de Orozco; sin embargo, dejan a un lado muchos factores importantes que se desprenden de la obra en su conjunto, y sin los cuales toda observación resulta parcial.

En general, el trabajo de Alicia Huerta es muy pobre. Carece de un análisis profundo y no presenta ningún tipo de originalidad. Lo único medianamente rescatable de todo el libro es el colofón (p. 115-119), donde se hace un breve estudio de los personajes que integran la versión de la conquista de Orozco, pero no del papel que éstos desempeñaron. Se dice también que para Orozco la conquista fue una “epopeya trágica” (que no “heroica”, como había señalado antes).

El segundo trabajo que compone este apartado es de Susana Uribe Ortiz y se titula *Manuel Orozco y Berra en la historiografía mexicana*.<sup>35</sup> El objetivo principal de la autora es analizar las dos principales obras históricas de Orozco, de manera tal que el lector pueda formarse una idea general de su contenido, así como del pensamiento de su autor. Otro objetivo, ciertamente secundario, es determinar la importancia y la influencia posterior de la obra de Orozco dentro de la historiografía mexicana. Desafortunadamente, esta loable intención no pasa de ser una promesa.

El método empleado por Susana Uribe consiste, en primer lugar, en dividir la obra de Orozco en lo que ella llama “diversas modalidades” (la exposición fiel y la coordinación de las fuentes primarias; las aportaciones originales del autor y sus hipótesis posteriormente confirmadas; las limitaciones de su época; las opiniones religiosas de Orozco y su indofilia moderada). A continuación, la autora cita extensos fragmentos de la obra de Orozco con el fin de apoyar sus afirmaciones. El resultado es una exposición sistemática y bien lograda, pero que tiene más de resumen que de interpretación.

No obstante, existen algunas excepciones. Al iniciar su análisis de la *Historia antigua*, Susana Uribe afirma:

Desde luego, podemos señalar en su obra [la de Orozco] ciertas influencias de la Ilustración, porque nos ofrece una historia de las culturas del México antiguo, en las que no sólo se ocupa del aspecto político,

<sup>35</sup> Susana Uribe Ortiz, *Manuel Orozco y Berra en la historiografía mexicana*, tesis de maestría, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.

como lo hacían los historiadores anteriores a Voltaire, sino que hace un análisis lógico de los acontecimientos y explica el grado de adelanto de cada pueblo.<sup>36</sup>

Un poco más adelante, siguiendo con la exposición de las influencias de Orozco, nos dice:

Del romanticismo proviene su amor al pasado y la tendencia a exaltar la importancia de las culturas prehispánicas, aunque su historia está escrita sin pasión y su indofilia es bastante moderada [...]. Es innegable que Ranke influyó, de manera notable, en la mente de Orozco y Berra, puesto que, como el gran maestro del método de la crítica sicológica [*sic*], sólo empleaba fuentes de primera mano, sujetas al más riguroso análisis.<sup>37</sup>

En relación con el método de Orozco, su explicación es la siguiente:

En general, Orozco y Berra actúa como un historiador veraz y desapasionado. Se concreta a exponer los hechos de una manera diáfana, sin discutir lo que le parece bien fundado. Se apoya siempre en las fuentes para reforzar sus opiniones y utiliza una copiosa bibliografía, que dan a su obra un carácter de absoluta seriedad científica.<sup>38</sup>

Como puede verse en los párrafos citados, Susana Uribe se preocupa un poco más que su antecesora (Alicia Huerta) por definir las características generales de la obra de Orozco. De hecho, constituye un verdadero acierto señalar la existencia de más de una vertiente intelectual dentro de la idea de la historia tácitamente elaborada por don Manuel. Pese a ello, al llegar a las conclusiones, nuevamente encontramos una serie de trilladas opiniones sobre Orozco,<sup>39</sup> en vez de una presentación en conjunto de los resultados de la investigación o de conclusiones propiamente dichas.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 15-16.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>39</sup> Por ejemplo: "A Orozco y Berra le tocó la gloria de haber realizado el trabajo más coherente y de mayor amplitud sobre historia y antigüedades mexicanas, gracias a la coordinación de una abrumadora cantidad de fuentes impresas y manuscritas que tuvo la suerte de consultar, a su estricto rigor científico, a su buen juicio crítico y a su imparcialidad, hasta donde humanamente es posible lograrla". *Ibidem*, p. 85.

*Obras críticas e interpretativas*

En 1938 se publicó, por primera y última vez, la *Historia de la dominación española en México*<sup>40</sup> de Manuel Orozco y Berra. Este hecho motivó la aparición de una breve nota (mitad reseña, mitad análisis) de don Edmundo O’Gorman, en enero del año siguiente.<sup>41</sup> La nota en cuestión se divide en dos partes, la primera la dedica al análisis del contenido de la *Historia de la dominación...*, mientras que la segunda es un espacio destinado a la presentación de algunas reflexiones “encaminadas a valorizar la obra en la actualidad en que ha hecho su aparición”. Antes de continuar con la exposición de las ideas contenidas en ambas partes, es conveniente agregar que, hacia 1939, O’Gorman se encontraba lidiando sus propios “combates por la historia”, razón por la cual Orozco y Berra resulta ser el pretexto idóneo para lanzar una especie de “Manifiesto o’gormaniano”.

Lo primero que nos dice O’Gorman sobre la citada obra de Orozco, es que fue hecha a imagen y semejanza del trabajo del padre Andrés Cavo,<sup>42</sup> que le sirvió de modelo, o que consideró insuficiente y decidió completar, como se estilaba en su época. Para probar este punto, O’Gorman transcribe algunos fragmentos de las dos obras que, por su notoria semejanza, no dejan lugar a dudas. Es este parecido, y el hecho en este caso nada desdeñable del uso de apostillas cronológicas, lo que lleva a O’Gorman a afirmar que esta obra de Orozco fue concebida como un trabajo fundamentalmente *útil* (por no decir utilitario). Es decir, que se trata de un libro “recomendable y útil, para quien busque datos fidedignos como índice

<sup>40</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia de la dominación española en México*, advertencia de Genaro Estrada, México, Antigua Librería Robredo, 1938. No fue ésta, propiamente hablando, la primera edición: en 1906 J. Aguilar Vera y Compañía publicó el primer tomo. Sin embargo, la edición casi íntegra fue destruida por sus impresores, habiendo quedado sin portada ni prólogo los poquísimos ejemplares salvados. Vid. Roberto Ramos, *Bibliografía de la historia de México*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1965, p. 460.

<sup>41</sup> Edmundo O’Gorman, “La dominación española de Orozco y Berra”, *Letras de México*, v. II, n. 1, enero de 1939, p. 12-13.

<sup>42</sup> Andrés Cavo, *Los tres siglos de México durante el gobierno español hasta la entrada del Ejército Trigarante*, publicado con notas y suplemento, Carlos María de Bustamante, México, Imprenta de Severino Santa María, 1929.

para iniciar alguna investigación”,<sup>43</sup> a la manera de un diccionario o enciclopedia.

Posteriormente, O’Gorman traza, en líneas generales, los conceptos que él considera necesarios a la hora de juzgar una obra histórica. Haciendo más que patente su historicismo vitalista, concluye:

Sin nuestra noción vital del tiempo no habría Historia, y a ello se debe que hasta lo filosófico se nos presenta, a nosotros hombres hacedores de historias, como algo histórico, percedero, mortal. Es, pues, necesario superar la barrera temporal y vencer la muerte; pero como lo histórico es impensable sin Tiempo, es preciso aceptar la existencia de un *Tiempo Inmortal*, que se manifiesta en un profundo e íntimo sentimiento. Este sentimiento es lo esencial de lo histórico, es la explicación de la existencia misma de la Historia y se *revela* en un sentimiento del pasado, no como cosa ajena, no como Naturaleza, sino como el *pasado propio*, sin lo cual no hay Historia verdadera.<sup>44</sup>

Aplicando estas reflexiones, O’Gorman se pregunta: “¿qué es lo que representa para nosotros la obra de Orozco y Berra?, ¿qué clase de historia se consigna en las páginas de su libro?” Para responder, nos remite nuevamente a la idea del libro útil, de una obra cuya estructura central es la de *Índice*:

En tal virtud, en la obra que comentamos sólo se encuentra como liga interna una ciega sumisión a la cronología que obliga a explicar los hechos como una continuidad basada en un postulado de causa y efecto, que, sin comprobación alguna, se aplica a la Historia [...]. Este carácter fundamental de la obra es una manifestación de una actitud inicial prejuiciada: el *afán de dominio*, que sustituye, de manera muchas veces inconsciente, el *afán de saber*, de donde se desprende como postulado, mediante el concepto de evolución, la *creencia en el Progreso*.<sup>45</sup>

No obstante lo anterior, O’Gorman rescata el trabajo de Orozco como una aportación al campo de la historia, pero dentro de un estadio específico de la labor histórica: el documento. De tal forma que O’Gorman ve en la obra de Orozco lo mismo que el propio

<sup>43</sup> Edmundo O’Gorman, *op. cit.*, p. 12.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>45</sup> *Idem*.

Orozco vio en ella: algo útil. La diferencia fundamental es que para O’Gorman la tendencia utilitaria es solamente un “estado preparatorio de la investigación”, mientras que para Orozco se trata de la investigación misma.

Por desgracia, Edmundo O’Gorman no escribió nada en relación directa con la más importante obra de Orozco y Berra, la *Historia antigua*. Sin embargo, es posible suponer, empleando la inferencia lógica, que muchas de las opiniones y juicios arriba enunciados se aplicarían igualmente para esta obra. Pero es necesario hacer algunas acotaciones. En primer lugar, si bien es cierto que dentro de la *Historia antigua* Orozco procede siguiendo el orden cronológico, no es ésta su estructura primordial, pues en vista de las divisiones internas de la obra y la disposición de los libros que la componen la estructura resulta temática. En segundo, la *Historia antigua*, a diferencia de la *Historia de la dominación española*, es una obra terminada, lo que implica una mayor complejidad, tanto estructural como conceptual.

Por último, O’Gorman ve en la *Historia de la dominación española*, como ya se dijo, algo similar a un documento, útil “para quien busque datos fidedignos”. Pero la animadversión que siente por la producción historiográfica de “una época que tuvo el orgullo de alejarse demasiado de la vida”,<sup>46</sup> le impide aquilatar el valor que por sí misma tiene para explicarnos un pasado que también nos es propio. Esto resulta válido para la *Historia antigua* y, en general, para casi cualquier obra proveniente del pasado, ya sea histórica o no.

Continuando con el orden cronológico impuesto de antemano a la presente relación, el siguiente texto a comentar es la sección dedicada a Orozco y Berra dentro de *Los grandes momentos del indigenismo en México* de Luis Villoro.<sup>47</sup> Es este trabajo un análisis crítico del método y la imagen de “lo indígena” que emanan de la obra de Orozco y Berra. Pese a la gran calidad general del texto, algunas de las críticas de Villoro llegan a ser un poco excesivas. Esto se debe en buena parte a una “actitud inicial prejuiciada”, como diría O’Gorman, pues Villoro no emplea la palabra “indigenismo” exclusivamente para designar un hecho o un tipo de pensamiento, sino como un calificativo hasta cierto punto peyorativo.

<sup>46</sup> *Idem.*

<sup>47</sup> Luis Villoro, “Manuel Orozco y Berra”, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, p. 141-166.

En resumen, aquí podemos observar uno de los pocos ataques dirigidos, no siempre con fundamento, contra la obra de Orozco y Berra. A continuación se presentan algunos de los principales planteamientos del autor.

Para Villoro, la obra de Orozco es un conglomerado de datos, completos y limpiamente ordenados, dentro de los cuales el mundo indígena deja de ser un universo articulado y orgánico: “el indígena se ha atomizado en mil pedazos”.

En relación con el método de Orozco, al que califica como “lo más personal en una historia aparentemente impersonal”, dice el autor:

El indio se estudiará desde un método preciso: desde las reglas que presiden el nacimiento y evolución de todo pueblo primitivo o semicivilizado. El indio se considerará, desde el principio, como un caso más en la humanidad [...], cuyo estudio no podrá lógicamente diferir del estudio de otro cualquiera [...]. Existe un tramado de leyes generales mecánicamente aplicable a cada caso.<sup>48</sup>

Pero, según Villoro, el empleo de este método no fue el único pecado de Orozco. Obviamente, la aplicación de la famosa “Ley sociológica general”, el determinismo geográfico y la reducción de todas las explicaciones a una “ley universal”, expresada en la antinomia barbarie/civilización, dejan a Orozco muy mal parado ante los ojos de Villoro, para quien hasta el empeño de éste por integrar, sin excluir el terreno religioso del científico, deviene en error:

La historia pierde así, por fin, todo arraigo en lo sobrenatural, aun el mínimo que Clavijero le había conservado. Pero —al propio tiempo— pierde también su línea unificante que hasta ahora le había dado una unidad, una dirección y un sentido. Los hechos, al no admitir más que una explicación objetiva, pierden su dimensión de sentido, se atomizan, apenas relacionados entre sí. La historia toda tiende a desmoronarse en nuestras manos, falta un esqueleto que la mantenga en cohesión y firmeza. Su antigua armazón ha sido cuidadosamente extraída del cuerpo. Y el bisturí de la ciencia ha sido el responsable del hecho. La operación destructora se ha realizado con éxito y no parece

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 150.

que nuestro historiador se preocupe por encontrar una armazón que reemplazara a la antigua.<sup>49</sup>

La afirmación anterior no me parece del todo acertada, puesto que, si Orozco le quitó a la historia esa “línea unificante” que era la religión (o la inferencia de lo sobrenatural), colocó en su lugar la creencia en el Progreso de la civilización, única con validez en su época y, a fin de cuentas, igualmente metahistórica. Además, como pudimos ver en el primer capítulo, Orozco no fue tan “científico”, como Villoro afirma.

Posteriormente, Villoro regresa sobre el tema de la despersonalización de lo indígena (“Será [para Orozco] el indio una muestra más de un pueblo antiguo semicivilizado, con todos los caracteres típicos de cualquiera de éstos”), para extraer curiosas conclusiones. Según él, Orozco se desprende de su objeto de estudio y adopta el papel, “inconscientemente sin duda”, de simple espectador o, al menos, ése es el ideal al que aspira. El resultado de este desprendimiento —nos dice— da la impresión de que para Orozco el objeto de estudio es indiferente, y que habría procedido de igual manera aunque su trabajo estuviera dedicado a griegos, esquimales o vikingos.

Es posible que no exista ni una sola línea en toda la obra de Orozco y Berra que contradiga esta afirmación de Villoro. Sin embargo, en mi opinión, ninguna persona en su sano juicio —y Orozco dejó suficientes pruebas de tenerlo— puede dedicar la mayor parte de su vida a estudiar algo que le resulta “indiferente”. Además, el hecho de que Orozco insista en ver a los pueblos prehispánicos como “un caso más en la humanidad”, desde *su* perspectiva no equivale a restarles importancia sino todo lo contrario, pues los coloca dentro del gran carro de la Historia Universal, al lado, ni más ni menos, que de griegos y romanos. En otras palabras, Orozco presenta y piensa a México como una nación poseedora de una historia igual —y por lo tanto equivalente en gloria y universalidad— a la de las más cultas y poderosas naciones del orbe.

Por otra parte, Villoro, quien crítica ásperamente la posición de “observador” desapasionado de Orozco y Berra, también reprueba la toma de partido. En su opinión, el autor de la *Historia antigua* no se

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 157.

inclina en favor de los aztecas por genuina simpatía o comprensión histórica sino por considerarlos sus coterráneos y, frente a la agresión foránea que significó la conquista, sentir lastimado su patriotismo. Es por ello que poco antes de finalizar nos dice: “La narración de la conquista es, toda ella, una defensa patriótica. La victoria española aparece como resultado de todo género de traiciones y perfidias, cúmulo de actos de ‘escandaloso bandolerismo’, de asesinatos premeditados, de crueldades inconfesables. Orozco abandona su imparcialidad de juez lejano”.<sup>50</sup>

Como puede verse, el principal defecto del análisis de Luis Villoro es pedir mucho más de lo que la obra de Orozco y Berra puede dar. Villoro juzga y condena, y parece olvidar que Orozco vivió y trabajó en la segunda mitad del siglo XIX, con todo lo que esto implica.

Más o menos en la misma tónica se encuentra el trabajo de Víctor Rico González, pero con mucho menos fortuna. Se titula *Hacia un concepto de la conquista de México*.<sup>51</sup> La idea principal del libro es bastante buena, pues consiste en un seguimiento historiográfico del concepto de conquista a través de la visión de reconocidos historiadores. Sin embargo, a juzgar por la parte que le toca a Orozco y Berra, el trabajo de Rico González no pasó de eso: una buena idea.

Existen suficientes pruebas, lógicas y documentales, que me permiten afirmar, con absoluta certeza, que don Manuel Orozco y Berra nunca, pero nunca, pudo leer a don Edmundo O’Gorman. Este hecho innegable, o verdad de Perogrullo, no tendría ninguna razón para venir a cuento de no ser porque, al parecer, Víctor Rico González lo ignora. En efecto, este autor se apoya en O’Gorman para hacer justamente aquello que O’Gorman recomendaba *no* hacer: regañar a un muerto.

En primer lugar, Rico González elabora una pequeña biografía de Orozco y Berra. Más adelante nos dice que si no se relaciona la obra de Orozco con su biografía, esta última no tendría por qué aparecer en su trabajo, pues sería inútil. Por lo tanto, el siguiente paso del autor es llevar a cabo dicha relación. En un principio, este procedimiento nada tiene de malo, los deficientes son los resultados.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 166.

<sup>51</sup> Víctor Rico González, “Orozco y Berra”, *Hacia un concepto de la conquista de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1953, p. 167-202.

Para Rico González, la palabra que define a la obra de Orozco es la “ambigüedad”, que entiende como una persistente incapacidad para formular juicios categóricos. De esta manera, Rico se lanza sobre la biografía de Orozco en búsqueda de datos que revelen una personalidad ambigua, incapaz o temerosa de tomar decisiones. Es bien sabido que si alguien comienza una investigación con una idea preconcebida, muy probablemente logre encontrar los datos que la confirmen, aunque para ello tenga que someter las fuentes a la más despiadada tortura. Pues bien, a continuación se transcriben algunas de las pruebas que, según Rico González, confirman su teoría:

la intervención francesa viene a romper bruscamente bienestar y prestigio: [a Orozco y Berra] le falta fuerza de alma para seguir a los suyos [los liberales comandados por Juárez] en la grande y difícil empresa de recuperar la patria. Él argüirá en su defensa la falta de medios económicos para sostener a su familia durante la odisea, pero también otros tienen familia y la emprenden sin vacilar. Con todo, intenta todavía un medio de resistencia al francés: la abstinencia de la vida pública; pero, entonces como nunca, su debilidad vence a su criterio, y no sólo acepta cargos, sino que se inclina ante los honores, casi ridículos por lo efímeros, que prodiga el desgraciado emperador.<sup>52</sup>

El párrafo citado contiene tres errores: uno de apreciación, uno de construcción lógica y un anacronismo. En relación con el primero he de aclarar que, en 1863, don Manuel Orozco y Berra estaba a punto de completar la nada despreciable cantidad de diez hijos, y se sabe que en dos ocasiones escribió a Juárez (sin lograr ninguna respuesta) solicitando el pago de los sueldos atrasados que devengaba como oficial mayor del Ministerio de Relaciones y Gobernación, con el objeto expreso de poder acompañar a Juárez sin dejar desamparada a su numerosa prole. El segundo error consiste en afirmar que Orozco “argüía” en su defensa la falta de medios económicos para sostener a su familia, y después agregar, a manera de reproche, que “también otros tienen familia”. El impedimento de Orozco para seguir a Juárez era precisamente la falta de medios y no el hecho mismo de tener familia, con lo cual la comparación carece de referente. Por último, el anacronismo se presenta cuando Rico

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 172.

González dice que Orozco se inclinó ante honores “casi ridículos por lo efímeros”. No es necesario ser un lince para observar que, hacia 1864, lo que resulta ridículo es pensar que alguien, quien quiera que fuese, podía predecir el futuro y darse cuenta de que el Segundo Imperio sería un periodo efectivamente “efímero”.

Haciendo un alarde de agudeza (?), Rico González nos dice que el prólogo de Orozco para su *Historia antigua* es “un documento que resume el fracaso de toda una vida”. El autor justifica semejante afirmación diciendo que “el éxito adjetivo [la fama de Orozco en el campo de la cultura] no puede compensar jamás el fracaso sustantivo [la semipobreza de sus últimos años], por lo menos desde el punto de vista del sujeto”.<sup>53</sup> Los comentarios salen sobrando.

Una vez que se han encontrado suficientes pruebas condenatorias, Rico González prosigue con el análisis de la obra, no sin antes dar lectura a la sentencia:

En todo caso, lo que nos interesa señalar es que en Orozco y Berra están muertas, al escribir la *Historia*, ciertas virtudes que son esenciales al intelectual de gran envergadura. Nos referimos sobre todo a la firmeza de la voluntad que da claridad y decisión al juicio, y que, sobre todo en el campo de la historia, resulta indispensable para no caer en ambigüedades y juicios de transacción no siempre justificados en los que, como veremos, cae Orozco y Berra.<sup>54</sup>

Y, en efecto, todos los errores de Orozco, según Rico González, se deben a una “injustificable ambigüedad”, producto de la carencia de un criterio único y definido. Sería relativamente sencillo desmentir la mayor parte de las observaciones del autor por ser ahistóricas, anacrónicas o sencillamente erróneas. Por ejemplo, en la primera parte de su trabajo Rico nos dice que la obra de Orozco, en lo que a estilo se refiere, se encuentra plagada de arcaísmos, producto sin duda de la gran cantidad de manuscritos y libros antiguos que tuvo que leer. Más adelante, para subrayar y criticar el carácter ambiguo del “indigenismo” de Orozco, el autor transcribe una frase de la *Historia antigua* en donde se usa el término “bárbaros” para designar a los indígenas. Este hecho, que perfectamente podría entenderse como el

<sup>53</sup> *Idem.*

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 172.

uso, sin mayor trascendencia, de un arcaísmo más, sirve a Rico para atacar con renovados bríos:

Repare el lector en que, aquí como nunca, aparece la ineptitud de Orozco para pensar por sí mismo [?]. Sin duda, la fuente de donde tomó la información para el párrafo a que corresponde esa frase, usa el término “bárbaros”, y él lo transcribe tan irreflexivamente como transcribe otras cosas [...]. Para un historiador que, en rigor, merezca tal nombre, las fuentes sirven exclusivamente para proporcionar datos: el criterio lo pone él.<sup>55</sup>

En vista de todo lo anterior, es posible afirmar que, para Rico González, una obra histórica escrita en el pasado está obligada no sólo a decir la verdad, sino a decir aquello que desde nuestra perspectiva sea verdadero; y que un historiador no sólo debe emplear un criterio único y definido, sino un criterio que satisfaga nuestras expectativas, como si el historiador y su obra pudieran abstraerse de la historia misma. Por otra parte, no es mi intención aparecer como un apologista más de Orozco y Berra, justificando todos sus errores y atacando a sus críticos. Sin duda alguna, la obra de Orozco no es perfecta, pero criticarla ferozmente a la vista de nuevos conocimientos y nuevas interpretaciones, además de alevoso, no conduce a nada.

Cambiando por completo de tesitura, el último integrante de este apartado, dedicado a las obras críticas y de análisis sobre Orozco y Berra, es Benjamin Keen. Como lo indica su título (*La imagen azteca en el pensamiento occidental*), el libro de este autor es una revisión, verdaderamente completa y bien realizada, de la imagen que a lo largo de la historia se ha formado Occidente de la civilización azteca, vista a través de una buena parte de los autores que han tratado el tema. Dentro de esta obra se incluye un capítulo de sugerente nombre: “Adiós a la fantasía: de Orozco y Berra a Seler”.<sup>56</sup> En él, Benjamin Keen analiza a Orozco como uno de los principales miembros de lo que denomina “escuela nacionalista”, misma que “adhiriéndose al método positivista y científico de su fundador, José Fernando Ramírez, evitó los misticismos y exageraciones de

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 190.

<sup>56</sup> Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 421-470.

un Mier o un Bustamante”,<sup>57</sup> lo que no significó que algunos de sus miembros cayeran en lo que el autor llama “fantasías científicas”.

Benjamin Keen sitúa a la *Historia antigua* de Orozco como un ejemplo clásico de historiografía porfirista. Esta última muestra la misma heterogeneidad que el régimen dentro del cual se le suscribe, es decir que “incluía viejos liberales juaristas que se aferraban a sus ideales libertarios, ardientes católicos conservadores y científicos empedernidos, que desdeñaban la democracia y estaban convencidos de que los indios eran una raza inferior”.<sup>58</sup> Salvo por lo del desdén a los indios, Orozco y Berra pertenece un poco a cada grupo pues, a decir de Keen, Orozco “empezó su libro con un credo histórico, compuesto de ortodoxia católica, positivismo y nacionalismo”. Un poco más adelante, el autor define con mayor precisión lo que esto implica:

En general, el método histórico de Orozco fue el método positivista y sociológico de Ramírez, que intentaba descubrir las raíces naturales y materiales de todos los fenómenos históricos, y explicaba todo comportamiento y todas las ideas, por muy irracionales que pudieran parecer a los ojos modernos, como producto de una etapa determinada de la evolución social.<sup>59</sup>

Sin embargo, en el caso de Orozco “la aplicación de este principio sin espíritu crítico” y su firme determinación “de llegar a las raíces naturales de las creaciones más poéticas y fantásticas del espíritu indígena, produjeron algunos resultados grotescos”. Este fenómeno se puede observar cuando Orozco intenta traducir los mitos y las leyendas prehispánicas en hechos históricos reales. Las descripciones resultantes de esta operación resultan casi tan fantásticas (por la pretensión de ser correctas) como los mitos en que se apoyan. Pero el trabajo de Orozco no se reduce a este equívoco, para Keen el estudio que éste hace de la vida diaria, de la actividad económica y de las clases sociales aztecas “conserva casi todo su valor original”. Además, Keen encuentra una intencionalidad en la obra de Orozco que ningún otro autor había señalado: “El análisis

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 422.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 430.

<sup>59</sup> *Idem*.

de la organización social azteca equivale a una refutación total de las ideas revisionistas de Morgan y Bandelier”.<sup>60</sup>

Otro aspecto del que se ocupa Benjamin Keen es el criterio estético de Orozco. De este tema nos dice que, ciertamente, el autor de la *Historia antigua* usó aquel que era convencional en su tiempo. Para él, pintura y escultura aztecas eran defectuosas por la incorrección del dibujo y la falta de sentido de la proporción. Pero esto no bastaba para descalificarlos por completo pues, según señala Keen, “Orozco defendió el poder expresivo de la pictografía azteca y dedicó largos y sesudos capítulos a este tema y al lenguaje náhuatl”.

En vista de que el trabajo de Keen se encuentra centrado, precisamente, en la imagen azteca, es poco lo que nos dice respecto de la conquista según Orozco. No obstante, sus breves comentarios sobre el tema son muy reveladores:

El último vestigio de la tan decantada imparcialidad de Orozco desaparece en su narración de la conquista. Sus simpatías están por completo con los aztecas defensores de Tenochtitlán [...]. En cada cuestión en que hubiera que tomar una decisión sobre la culpabilidad española — la matanza de Cholula, la muerte de Moctezuma, el ataque de Alvarado a los indios que celebraban en la Plaza Mayor de Tenochtitlán —, el voto de Orozco fue “culpable”. En cambio, al terminar la refriega vuelve Orozco a su anterior tono de serena imparcialidad. Considerando la Conquista a la luz del largo proceso evolutivo y la ley del progreso, le da su aprobación incondicional [...]. Luego pasa Orozco, a la manera de Alamán, a enumerar las ventajas materiales y sociales derivadas de la conquista [...]. No obstante, Orozco expresa cierto pesar de que, en el desplome general de la antigua civilización mexicana, no se conservaran algunas de sus realizaciones [...]. Termina desechando, por hipotética y vana, la cuestión de si habría sido mejor que otro pueblo y no los castellanos efectuara la conquista.<sup>61</sup>

Sin ínfulas teóricas de ningún tipo, la obra de Keen nos ofrece uno de los más lúcidos análisis sobre Orozco, pese a la brevedad del

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 432. Se refiere a la corriente revisionista norteamericana de mediados del siglo pasado, surgida como reacción al romanticismo, encabezada principalmente por Lewis H. Morgan y su discípulo Adolph F. Bandelier, quien sostenía que la civilización azteca no era mucho más que una sociedad tribal escasamente desarrollada.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 433-434.

espacio que le dedica. Tal parece que fue necesario un historiador extranjero, ajeno a las pugnas de nuestra historiografía, para presentar una imagen no distorsionada, por admiración o desprecio, de la obra de Orozco y Berra. Sin embargo, el trabajo de Keen es sólo eso: una presentación enfocada a extraer únicamente un aspecto (la imagen azteca), ciertamente de gran importancia, pero que no abarca otras posibilidades.